

Juan José Hernández Arregui: historia de las ideas y sexología política

Omar Acha
Universidad de Buenos Aires
Centro de Investigaciones Filosóficas, CIF
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, CONICET

Resumen

La obra de Juan José Hernández Arregui puede ser releída a partir de una perspectiva que atienda a las cuestiones de la sexualidad ampliamente presentes en momentos fundamentales de su escritura. La hipótesis central sostiene que en los vínculos entre sexualidad y política Hernández Arregui dirimía la significación de los intelectuales y las clases llamadas "antinacionales", cuyas limitaciones se revelarían en una dudosa o reprochable sexualidad.

Palabras clave

Intelectuales; Política; Sexualidad; Peronismo; Socialismo

Abstract

The work of Juan José Hernández Arregui can be reread from a perspective that addresses the issues of sexuality widely present in key moments of his writing. The central hypothesis is that the links between sexuality and political significance Hernández Arregui dirimía intellectuals and classes called "anti-national", whose limitations would be revealed in a dubious or reprehensible sexuality.

Keywords

Intellectuals, Politics, Sexuality, Peronism, Socialism

1. Historia de las ideas y diferencia sexual

La historia de las ideas en la Argentina fue una especialidad historiográfica que mantuvo una extensa presencia, a pesar del lugar subordinado a la historia económica, social o política. Su permanencia puede ser explicada por la capacidad de diseñar un relato de las maneras en que se comprendieron los problemas fundamentales de una sociedad nueva como la que se constituyó en gran parte del ex Virreinato del Río de la Plata. Las ideas habrían sido esenciales para la determinación de una progresiva separación de la autoridad española entre 1810 y 1816, habrían fundado los proyectos constructivos imaginados por la Generación de 1837, habrían calado la vertiginosa onda modernizante de los años roquistas, y habrían contribuido a proponer una revisión de la ideología de las élites, sobre todo después de 1930. Dada la escasez de interpretaciones sobre el período, parece forzoso concluir (aunque indudablemente es un error) que durante la época del primer peronismo las ideas carecieron de importancia, pero ya en la gestación del proceso de radicalización ideológica de los años sesenta y setenta, las ideas habrían recuperado su eficacia y habrían contribuido a extremar los deseos de revolución y renovación social.

La historiografía de las ideas ha recorrido sus temas desde dos preguntas fundamentales: ¿qué representaciones de la nación y de la historia influyeron en la deriva del nuevo país? ¿Qué función se atribuyó a las élites y cuál era su relación con las mayorías populares? Para responderlas se estudiaron las nociones de sociedad, nación, élite, pueblo, constitución, historia, ciencia.

Como indicación introductoria al presente ensayo, señalo que la enunciación de la diferencia sexual como esquema organizador de los "problemas" de la historia de las ideas ha sido minusvalorada. Ha estado presente, es cierto, en la historia de las mujeres escritoras o militantes, pero en esa "especialización" -al menos por el momento- ha quedado restringida a un espacio historiográfico que no ha producido efectos significativos en la historia de las ideas.¹ En buena medida esto se debe a que, sin ser enunciado abiertamente,

¹ Por ejemplo, Oscar Terán, "Ideas e intelectuales en la Argentina, 1880-1980", en O. Terán (Coord.), *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2004; Horacio González, *Restos pampeanos. Ciencia, ensayo y política en la cultura argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Colihue, 1999.

las mujeres no son consideradas como productoras de ideas "nacionales" (es decir, que incumban más allá de una particular experiencia de género), sino a lo sumo como literatas o ideólogas al margen de las corrientes principales del pensamiento. Creo que ese es el lugar, por ejemplo, que poseen las presencias de Victoria Ocampo o Herminia Brumana, en la historiografía argentina.

Un paso hacia la erosión de la ceguera epistémica que explícita o implícitamente considera la diferencia sexual como una problemática acotada a la historia de las mujeres o de género consiste, en este caso, en la extensión de su relevancia para la historia de las ideas aparentemente atareada en temas más básicos o universales. Se puede indicar, por ejemplo, el gran tema del *Facundo* (1845) sarmientino no es la dicotomía entre civilización y barbarie, sino la hibridez de la Esfinge argentina, que es Rosas: "mitad mujer, por lo cobarde, mitad tigre, por lo sanguinario", el carácter femenino e irracional de las muchedumbre representadas por J. M. Ramos Mejía en *Las multitudes argentinas* (1899), o, en fin, el lugar de la violación de la mujer indígena en la génesis del "resentimiento" que propone E. Martínez Estrada en *Radiografía de la pampa* (1933).

La extensa presencia de este tipo de consideraciones, esenciales para la identificación del tema de obras capitales del "pensamiento argentino", amerita dos advertencias. Por una parte, la indicación de la reiteración de la problemática de la diferencia sexual y las cuestiones asociadas (la feminidad, la masculinidad, la presunción de la correspondencia entre sexo y deseo, la familiarización de los vínculos eróticos) impone la necesidad de una historización de las maneras en que dicha problemática permitió organizar al menos una parte de las formas ideológicas. En otros términos, es necesario reconocer cómo se transforman las simbolizaciones de la diferencia sexual, considerando los contextos históricos. Por otra parte, es preciso establecer cuál era la función específica dentro de una matriz, siempre compleja, donde coexistía y se relacionaba, con otras vetas ideológicas. De este modo, sin diluir su eficacia organizadora de la práctica intelectual, lo sexual se incorpora de pleno derecho al objeto de la historia de las ideas.

En el marco de estas consideraciones, aquí propongo una interpretación de las funciones de las atribuciones ideológicas respecto a la diferencia sexual en la obra de Juan José Hernández Arregui.

2. Significación de Hernández Arregui

Nacido en 1912, en Pergamino, provincia de Buenos Aires, Juan José Hernández Arregui se trasladó a la provincia de Córdoba en 1933 luego del fallecimiento de su madre, dejando trancos sus estudios de abogacía. En la ciudad mediterránea, gracias a las vinculaciones de un tío suyo con el sabatinismo, obtuvo pequeños puestos públicos. Reinició sus estudios universitarios pero en Filosofía, y los concluyó con una tesis sobre la filosofía griega clásica bajo la dirección de Rodolfo Mondolfo. Se desafilió de la Unión Cívica Radical en febrero de 1947. Sus simpatías lo habían acercado anteriormente al grupo FORJA, disuelto a nivel nacional después del 17 de octubre de 1945. Esos contactos le permitieron insertarse en empleos estatales de la provincia de Buenos Aires. En 1950 concursó y ganó el cargo de profesor adjunto en una cátedra de historia en la Universidad de La Plata. Con la caída del peronismo en setiembre de 1955, Hernández Arregui vivió momentos de zozobra económica y política, pero fue entonces que comenzó una obra que lo convertiría en un referente fundamental del amplio y complicado espectro de la "izquierda nacional", ese enjambre de perspectivas y militancias que prosperaban en el creativo espacio teórico-político amojonado por el peronismo en un extremo, y el marxismo en el otro. Obras como *Imperialismo y cultura* (1957), *La formación de la conciencia nacional* (1960), *¿Qué es el ser nacional?* (1963), *Nacionalismo y liberación* (1969), y *Peronismo y socialismo* (1973), fueron libros de crítica ideológica de notable impacto entre las nuevas generaciones que, en la universidad o en la militancia política, buscaron orientarse en la búsqueda de una transformación social. Hernández Arregui falleció en 1974, sin llegar a ver la resolución del ciclo político que se inició en 1945.²

² Una investigación biográfica es la de Norberto Galasso, *Juan José Hernández Arregui: del peronismo al socialismo*, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1986; una reconstrucción parcial en

El contenido nocional del pensamiento de Hernández Arregui se puede resumir brevemente. El peronismo es un movimiento nacional-popular identificado con un líder que resume buena parte de las reivindicaciones de las masas plebeyas y provincianas argentinas. Éstas se hacen presentes en la escena nacional el 17 de octubre, alterando el predominio político y social de la oligarquía; pero también malograron, con razón según Hernández Arregui, a las izquierdas internacionalistas de origen inmigratorio y portuario que estaban mal preparadas para expresar los intereses obreros. Por el contrario, la formación de la Unión Democrática en 1946 demostró su esencia antinacional al unirse con los partidos oligárquicos contra la política popular de Perón. El interior del país, reservorio de las tradiciones nacionales, derivadas de una herencia hispánica mezclada con caracteres indígenas, prepara el advenimiento de lo nacional auténtico, propio de una nacionalidad iberoamericana tronchada hacia 1810 con las revoluciones liberales. Sin embargo, esta recuperación de lo nacional reconoce el "progreso" señalado por el marxismo en el desarrollo de un mercado interno consolidado por la industrialización y, por ende, hostil al colonialismo que, por lo menos desde 1852, acosa a la nación. Aunque Hernández Arregui no asume el revisionismo rosista, sí reconoce la resistencia del Restaurador de las Leyes a los ataques británicos y franceses, y su rechazo del unitarismo oligárquico. Por eso señala a 1930, el nudo crítico del liberalismo y del surgimiento de la revisión de la historia, como el momento de consolidación de una crítica antioligárquica de derecha, como la primigenia de la "conciencia nacional". La oligarquía proviene de los tiempos coloniales y está asociada al latifundio terrateniente. Esa base económica la torna dependiente de los mercados externos y la hace admiradora de todo lo extranjero. Pero también las nuevas clases medias inmigratorias de principios del siglo XX son extranjerizantes y, como ya lo he recordado, por extensión lo son las izquierdas de allí provenientes. En definitiva, la oligarquía y la izquierda fueron realidades antinacionales, librecambistas y opresoras del interior del país. El clímax de la dependencia cultural lo muestra la intelectualidad liberal de la revista *Sur*. El pensamiento antinacional se concreta en los ataques dirigidos contra los movimientos

perspectiva sociológica es la de Federico Neiburg, *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Buenos Aires, Alianza, 1998, pp. 63-70.

nacionales: primero el yrigoyenismo y luego el peronismo. La respuesta política e ideológica propugnada por Hernández Arregui para después de 1955 consiste en la crítica de las izquierdas antinacionales y de la oligarquía, por una parte, y la depuración del movimiento peronista de sus corrientes burocráticas y pro-imperialistas, asentadas en algunos sectores de la CGT integracionista y en la dirigencia política del movimiento. El marxismo es el punto de vista que permite distinguir, sin apelar a modelos externos, el corazón social del peronismo como movimiento revolucionario: la clase obrera, sobre todo la del interior, que aliada a los sectores nacionalizados de la clase media y del Ejército, todos bajo la guía indiscutida de Perón, conduciría a la definitiva liberación nacional y al socialismo. Este conjunto de temas es modulado de maneras distintas a lo largo de las dos décadas de la docencia ideológica de Hernández Arregui. Lo que distingue a su lugar dentro del arco de la izquierda nacional (por ejemplo de Jorge Abelardo Ramos, o Rodolfo Puiggrós hasta 1972) consiste en que éste intelectual piensa que la lucha por la liberación nacional debe hacerse desde el *interior* del movimiento peronista y no desde una posición exterior, aunque ésta sea simpatizante. Desde este punto de vista, su perspectiva está emparentada con la de intelectuales militantes como John William Cooke y Rodolfo Ortega Peña.³

La propuesta de interpretación señala que en la organización de estos temas la problematización de la diferencia sexual fue un tópico decisivo, sobre todo para definir las clasificaciones y los denuestos, enunciados en general muy rápidamente, pero que tienen la función de establecer una distinción entre un campo positivo y el otro negativo. Lo viril y penetrador caracteriza a la clase obrera, a la población nativa del interior, al nacionalismo popular, y lo femenino o andrógino a la oligarquía, a la intelectualidad extranjerizante, a la clase media urbana. En primer lugar se procederá a mostrar las maneras en que las perspectivas de Hernández Arregui emplean las calificaciones ideológicas de las formas y

³ Otra diferencia entre los intelectuales peronistas de izquierda como Hernández Arregui y los no peronista como J. A. Ramos o R. Puiggrós, consistía en que, mientras para éstos la crisis del peronismo conduciría a la apertura de una situación revolucionaria donde la clase obrera organizada marcharía al socialismo, para aquél en el primer gobierno peronista ya se habían emprendido medidas de corte socialista. En efecto, la nacionalización de los ferrocarriles o el comercio exterior de productos agrícolas, la creación de una siderurgia estatal, mostraban la deriva socialista propia del peronismo.

prácticas asociadas a la existencia concreta de la diferencia sexual, y en una sección posterior, se propondrá una explicación histórica de su uso.

3. La sexología política en Hernández Arregui: los años cincuenta y sesenta

La sexualidad aparece en la obra de Hernández Arregui en el inicio de su actividad como escritor. Es el asunto capital de una pequeña colección de cuentos publicados en 1935 con el título de *Siete notas extrañas*. Se trata de narraciones patéticas, con el tono desasosegado y pesimista usual en la época, donde primaba la soledad, el sexo y la muerte. El horizonte de la obra era de crítica de las costumbres, pero no atinaba a proponer una manera diferente de vivir. La preocupación no era casual, por lo que deja entrever una obra de teatro en preparación, que permaneció inconclusa: *El matrimonio por conveniencia y un visionario*. Un cuento de las *Siete notas* resume el tono general del volumen, al explicar la tristeza del personaje Bholzman: "aquello era como la angustia de algo que no se sabe qué es, de algo fatal, de algo que se escapaba de su cuerpo, se confundía con el disloque callado de una farándula eternamente renovada de seres amorfos, de hembras engeguedidas y varones aprovechadores disimulando gestos eróticos tras los mascarones impregnados con el olor crápula de los polvos de arroz".⁴ Otro relato describía cómo un joven, para salvar la vida ante el ataque de un loco, entregada el cuerpo sin vida de su novia para que éste lo viole.

Este tipo de consideraciones organizadores de una sensibilidad oprimida e incomprendida estaba adosado a una cuota de psicoanálisis que, en mezclas de Jung y de Freud, permanecerá como un estrato del pensamiento de Hernández Arregui. En este libro primero, la presencia de la literatura psicoanalítica aparecía en un epígrafe donde era citado el Freud de los ensayos metapsicológicos. Durante los últimos años peronistas, en una serie de comentarios bibliográficos realizados en un programa de la radiodifusión estatal, Hernández Arregui seleccionó varias obras de corte psicoanalítico. Su discusión del célebre libro de Otto Weininger, *Sexo y carácter*, mostraba en él una cierta versación en la

⁴ Juan José Hernández Arregui, *Siete notas extrañas*. Cuentos, Buenos Aires, sin mención de editorial, 1935, p. 37.

literatura sexológica, de Havelock Ellis a Gregorio Marañón. De allí concluía que la idea de la bisexualidad originaria del ser humano podía ser considerada como científicamente probada. Además se atreve a interpretar la conocida misoginia de Weininger: "Hay [...] motivos para recelar que la hostilidad de Weininger hacia la mujer, no fue ajena a su propia femineidad, causa posible además de su suicidio".⁵ Hernández Arregui aprobaba el análisis de Weininger sobre la genialidad como negación absoluta de lo femenino —y en consecuencia, atributo exclusivo de la masculinidad— pues sería "de los más penetrantes que hayan salido de una mente humana". En la conclusión la calificaba una obra "turbia y luminosa, falsa y verdadera, y en general siniestra".⁶

La reseña de la edición argentina de *Símbolos y transformaciones de la libido*, de Carl Gustav Jung, muestra que su dominio de los conceptos psicoanalíticos era un poco genérico e impreciso. Por ejemplo, dice: "Desde la época en que Freud fundó el psicoanálisis como un método para la exploración de la neurosis, asentada en tal técnica psicoterápica, en una teoría del alma que postula la existencia de una esfera o región psíquica inconsciente, generadora de las tendencias instintivas y, al mismo tiempo, sometida a censura por la conciencia [...]".⁷ Es más interesante para la comprensión del pensamiento de Hernández Arregui su recuperación positiva del énfasis junguiano en el fondo simbólico ancestral de la humanidad, transmisible históricamente. Desde esa idea, opinaba que el libro comentado "llena una necesidad con relación al estado actual del psicoanálisis".⁸

El tiempo de la crítica real y profunda, el que fundó la obra de Hernández Arregui como autor peronista de izquierda, llegó en 1955, una vez que fue expulsado de la universidad y de la radio estatal. Entonces emprendió una escritura densa, insistente, polémica, acerbamente crítica de la sociedad que había destruido, al menos momentáneamente, la promesa de liberación nacional que, incluso con sus contradicciones, el peronismo en el gobierno habría impulsado. Pertrechado con una formación teórica marxista, pero no sólo

⁵ Juan José Hernández Arregui, *Imperialismo y cultura* (1957), 3ª ed., Buenos Aires, Plus Ultra, 1973, p. 305.

⁶ *Ibíd.*, p. 306.

⁷ *Ibíd.*, p. 307. Una evaluación posterior de K. Gavrilov, *El psicoanálisis a la luz de la reflexología*, donde defiende la complementariedad entre Freud y Pavlov muestra el relativismo teórico con que se acercaba a estos temas.

⁸ *Ibíd.*, p.308.

con ella, comenzó a redactar extensos volúmenes donde las alusiones sexológicas preexistentes se incrustarían en el suelo de las representaciones sociales para adquirir así mayor eficacia polémica.

En *Imperialismo y cultura* respondía a la inteligencia antiperonista y liberal que había encontrado su nicho textual del período de la Revolución Libertadora en el célebre número 237 de la revista *Sur*. Ésta, y sobre todo su directora, Victoria Ocampo, representaban la "entrega" del pensamiento a lo extranjero. Esa entrega, que en Ocampo era intelectual pero en otros sujetos sociales podía ser económica o política, tenía un sentido sexual. Así, para el caso de los terratenientes, planteaba que, en la Argentina, la clase ganadera "usufructúa promiscuamente el poder",⁹ y que "las clases acaudaladas de las colonias y las metrópolis se acarician mutuamente, y el país colonial, bajo los vahos adormecedores del dominio extranjero, sigue tan espectral y estancado como siempre".¹⁰ Por eso, la oligarquía tendría su "virginidad rota".¹¹

En cualquier caso, desde su fundación en 1931, para Hernández Arregui *Sur* concentraba la imaginación europea con la cual la cultura europea "penetraba" al país a través de la ciudad portuaria y capital. El tema del sexo es crucial en la argumentación. Por un lado, porque *Sur* y su literatura expresaban una sexualidad pacata y falsa. Cuando se trata la sexualidad, su forma será perversa o, más frecuentemente, velada. Así, pues, se prefería una versión imposible: "se explotará editorialmente al sexo, no en la honda concepción subyacente en un D. H. Lawrence, sino en la manifestación erótica accidental de las aventuras de una aristócrata inglesa con un guardabosques con morfología de pederasta (...)".¹² Hernández Arregui reprochaba la preferencia de *Sur* por la novela burguesa y aristocratizante, "el mundo viscoso de Mujica Láinez", donde "la pimienta erótica queda a cargo de Beatriz Guido y Silvina Bullrich". El crítico no deploraba la presencia del erotismo. Por el contrario, lo que denostaba era la evasión de una sexualidad natural, "su calculada

⁹ Juan José Hernández Arregui, *Nacionalismo y liberación (Metrópolis y colonias en la era del imperialismo)* (1969), Buenos Aires, Contrapunto, 1987, p. 291.

¹⁰ *Ibid.*, p. 186.

¹¹ *Ibid.*, p. 151.

¹² Juan José Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional* (1960), 2ª ed., Buenos Aires, Plus Ultra, 1973, p. 135.

intención, el escamoteo, en fin, de la vida, presentada de una manera insinuante y honorable para aquellos que prefieren las penumbras del 'teléfono ocupado'. He aquí lo que consideraba impropio de la hipocresía de *Sur*: su incapacidad de aceptar el sexo en expresión artística, el que no escandaliza. En cambio, la *intelligentsia* liberal cultivaba un erotismo morboso, horrorizado ante la sexualidad profunda con interés psicológico, como el deseo edípico del famoso pasaje de Stendhal en el que describe la pasión infantil por su madre. "Este es el sexo –la vida profunda– que agita los territorios nocturnos del alma en un Dostoyewski, un Joyce, un Hermann Hesse, un Joyce Cary, un O'Neill. El otro es sexo de confitería. En suma, hipocresía".¹³ Hernández Arregui recuperaba un lenguaje de entonación freudiana para demandar una sexualidad no reprimida, sanamente "edípica", no enfermiza ni contaminada de caracteres pederásticos. El uso de éste último tema se reiteraba en la inclusión, claramente arbitraria, de la injuria en la reprobación de la intelectualidad de *Sur*: "La burguesía colonial necesitó y necesita de estos escritores que ahora vuelven. Y ellos justifican su retorno hablando de la Cultura agraviada por el 'estrepitoso mal gusto'. También los pederastas se justifican con Platón".¹⁴ Un motivo similar aparecía en una reprobación del lenguaje del diario *La Nación*, según el crítico, monjeril y ultrapúdico.¹⁵

Hernández Arregui, hombre "de una sola mujer", al decir de Galasso, reclamaba la pureza naturalista de los sujetos sociales, pero no era meramente antisexual. Lo sexualmente negativo era lo ambiguo y lo híbrido. Sobre todo esto, que aparecía en su discusión con el comunista Pedro H. Agosti en torno a la significación histórica de Esteban Echeverría "como símbolo andrógino, [que] servía a liberales y comunistas de máscara contra Perón".¹⁶

¿De dónde surgía la oscuridad, o el "mundo viscoso" reprobado en Manuel Mujica Láinez?
De la modernidad urbana.

¹³ Juan José Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional*, p. 136.

¹⁴ *Ibid*, p. 148.

¹⁵ Juan José Hernández Arregui, *Nacionalismo y liberación*, ob. cit., p. 151.

¹⁶ Juan José Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional...*, ob. cit., p. 460.

El crítico peronista no era antimoderno ni antiprogresista. Justamente lo que distinguía su imagen de la historia de los revisionistas tradicionalistas de los años treinta y de un colega en la lucha ideológica, José María Rosa, era que el marxismo lo inclinaba a otorgar al progreso "real" (es decir, no al ficticio y engañoso del imperialismo) la promesa revolucionaria. Sin embargo, el predominio de una visión progresiva de la historia no interfería con otra veta de su pensamiento que lo llevaba a citar la noción viquiana sobre "la pujante vitalidad de los llamados pueblos bárbaros y la corrupción que anida en los civilizados".¹⁷ En la Argentina, la civilización acarrió la inmigración tardodecimonónica, que arrebató a las masas hispanoamericanas relegadas en el interior del país su carácter representativo de la nacionalidad.¹⁸ A partir de ese momento, la muchedumbre criolla habría sido marginalizada por los recién llegados contingentes de obreros y campesinos, y socialmente inferiorizada respecto a la clase media inmigratoria, la que "[s]e convierte entonces en masa bien vestida, en la llorona de un mundo perturbado".¹⁹

Frente a esa clase inmigratoria se encontraba la postergada clase obrera provinciana, los "cabecitas negra", que se haría presente en plena urbe el 17 de octubre de 1945, para desplazar la preeminencia clasemediera y horrorizar a los intelectuales "cipayos" que sólo ven entonces una "fiesta del monstruo".²⁰ Justamente, era Jorge Luis Borges quien aparecía como el representante mayor del "colonialismo literario afeminado".²¹ Hernández Arregui era tributario de la "picardía" de Arturo Jauretche, ducho en predicar ambigüedades viriles en sus enemigos ideológicos.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 84.

¹⁸ En el prólogo de su obra *¿Qué es el ser nacional?*, después de narrar las dificultades de comprensión de sus perspectivas por los estudiantes universitarios, recordaba: "Sin embargo, la más grande sorpresa del autor fue la reacción de una provincia profundamente argentina –Santiago del Estero– ante la conferencia. Un auditorio inusual para una ciudad pequeña, en el que estuvieron representadas las más diversas tendencias, cosa difícil de lograr en provincias chicas –peronistas, radicales, nacionalistas, gente de izquierda– recibió mis palabras con tal fervor nacional a pesar de mis ideas en tantos sentidos consideradas extremas, que no puedo menos que recordar a la distancia con gratitud la adhesión de este público provinciano". Juan José Hernández Arregui, *¿Qué es el ser nacional?*, Nueva América, 1988 (1a. ed., 1963), p. 8.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 95.

²⁰ Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, "La fiesta del monstruo" (1947), *Nuevos cuentos de Bustos Domecq*, en *Obras completas en colaboración*, Buenos Aires, Emecé, 1991.

²¹ Juan José Hernández Arregui, *Nacionalismo y liberación...*, ob. cit., p. 26.

Quienes supieron resistir los embates colonialistas fueron los intelectuales de orientación yrigoyenista de FORJA. Los forjistas no fueron seducidos por las luces de la ciudad fenicia y se mantuvieron a distancia de la perversión. Hernández Arregui ponderaba "el mérito inestimable de estos argentinos arrojados, que embestían con la inteligencia destructora del pasado y creadora del porvenir, pero sobre todo, con el corazón ardiente, contra una realidad pervertida, contra el muro impávido y ceñido de poderes nacionales y extranacionales ciclópeos".²²

Un interesante aspecto de la crítica cultural de Hernández Arregui lo llevaba a contraponer las costumbres del interior, folklóricas, con el tango, urbano y propio de la sensibilidad nomádica impuesta por el aluvión inmigratorio. El compadrito tanguero era la antítesis de la virilidad del gaucho. El compadrito se delataba por su vestir y por su andar, que era ya europeo.²³ La danza era sexual, pero es de una sexualidad insoportable y perturbada como la que emergía en las *Siete notas extrañas*. "El tango se baila en silencio, es sexo reconcentrado y agresivo. [...] Sexo y creciente opresión cultural bajo la forma de protesta difusa frente a la vida solitaria en un medio degradado por la pobreza y la inseguridad social. El tango nace a fines del siglo pasado cuando la población extranjera supera a la nativa. Vivir entre extranjeros que no hablan o hablan poco, abismados en sus propios problemas, crea una atmósfera poco propicia a la alegría y cierta conciencia rencorosa de ser extraño al propio medio".²⁴ Había una íntima conexión entre el cosmopolitismo, la soledad en la multitud, la perversión de lo propio y la sexualidad infeliz. Es imposible sostener que la lúgubre inquietud por la pulsión que vertebraba el libro juvenil se mantuvo intacta; un cuarto de siglo más tarde pretendía decir los males del pueblo, los dolores del alma de la nación.

Los años setenta demandaron una reconversión de los combates políticos y la "sexología" silvestre de Hernández Arregui sufrió un desplazamiento.

²² Juan José Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional...*, ob. cit., p. 391.

²³ Juan José Hernández Arregui, *Nacionalismo y liberación...*, ob. cit., p. 121.

²⁴ *Ibid*, p. 120.

4. Los años setenta: las relaciones de la burocracia sindical con el imperialismo

La asunción del gobierno militar por el general Alejandro Lanusse, en 1971, fue el prólogo al retorno de Juan D. Perón del exilio. Las bravatas machistas del dictador ("a Perón no le da el cuero para volver") no eran creíbles para quienes sabían que la vuelta era inexorable ("Lanusse, marmota, Perón va a regresar cuando se le canten las pelotas", coreaba la Juventud Peronista). El arribo podía demorar uno, dos, tres años, pero era inevitable.

Para Hernández Arregui y para una generación de militantes de izquierda nacional, era el inicio del proceso revolucionario. La oligarquía había fracasado. El ejército estaba neutralizado desde el Cordobazo de 1969. La lucha se definía ahora en el seno del movimiento peronista. Para ese combate, junto a otros conceptos, Hernández Arregui movilizó los conocidos temas sexuales. El libro de esa operación ideológica fue *Peronismo y socialismo*. El combate, también en esta época, comenzaba por la cultura; sin embargo, ya no era la derrotada de las élites literarias, sino la del consumo popular y las seducciones del capitalismo. La sociedad "colonial" argentina estaba "maquillada", era inauténtica. En las ciudades se introducían "venenos subculturales" bajo la forma de mercancías: "se calcan las modas extranjeras, se leen autores extranjeros. Todo es comercializado. La putrefacción de la cultura de las metrópolis, el hippismo, la homosexualidad, los crímenes orgiásticos de Charles Manson, son exportados, lo mismo que los vicios de la burguesía europea o norteamericana expuestos como formas permanentes de la vida, y no como lo que son, frutos apuestos de una sociedad en descomposición".²⁵ Esa cultura artificial era una diversión destinada a ocultar la miseria sufrida en Tucumán o Santiago del Estero. Era, como lo gozaba la oligarquía, una "violación externa".²⁶ Sin embargo, las masas del proletariado provinciano, en los años setenta, no eran "rameras" comprables por los dineros de Rockefeller.²⁷ Por el contrario, estaban destinadas a aniquilar al "sistema".

²⁵ Juan José Hernández Arregui, *Peronismo y socialismo*, Buenos Aires, Corregidor, 1973, p. 13.

²⁶ *Ibid*, p. 24. Más tarde prosigue: "La Argentina es víctima, como los demás países de Iberoamérica, de la violencia imperialista. Esta penetración arreció, hasta su ultrajante afincamiento actual, con la caída de Perón, en 1955". *Ibid*, p. 59.

²⁷ *Ibid*, p. 57.

El punto débil del movimiento peronista era el sindicalismo integracionista y negociador. El razonamiento de Hernández Arregui era el siguiente. La clase obrera era revolucionaria. Sobre ese convencimiento no hay examen porque es un principio indiscutible. Es sabido que la clase terrateniente estaba vendida al imperialismo. La burguesía industrial no es confiable y es débil. La clase media, durante los años sesenta, se habría nacionalizado en sus nuevas generaciones, que se hicieron peronistas y brindaron nuevas camadas de militantes revolucionarios. Las "formaciones especiales" y los intelectuales deben subordinarse a la práctica transformadora, no reformista, de la clase obrera. Perón, el caudillo, era la síntesis de los momentos contradictorios del movimiento popular, lo no obstaba para que estuviera inclinado a la revolución y el socialismo. ¿Cuál era el problema? Las falsas élites peronistas, tanto en el sector político como en el movimiento obrero organizado. Sobre todo en este último, sensible a la infiltración imperialista a través de prebendas y cooptaciones. "El sindicalismo", advierte Hernández Arregui, "no está vacunado contra el colonialismo, no está a salvo de las maniobras que lo cercan, ni de la putrefacción generalizada del sistema".²⁸ La argumentación era tributaria de la elaborada años antes por Cooke. Hernández Arregui añadía su batería "sexológica". Luego de reproducir evidencias de la "educación sindical" realizada por órganos pro-imperialistas como la American Federation of Labor (AFL), infería la "infiltración y castración" del sindicalismo argentino,²⁹ y también su "enviciamiento".³⁰

El ejemplar modélico de la traición a la clase obrera desde el interior del falso peronismo era Augusto Timoteo Vandor, que sobrevivió a su muerte en el "vadorismo". Esta infiltración no era meramente una cooptación por el imperialismo y sus prebendas, sino que representaba (como la oligarquía) a la ciudad de Buenos Aires, la conocida urbe que mira hacia afuera. Por eso, entendía Hernández Arregui, la resistencia obrera tuvo lugar en el interior del país. De allí el Cordobazo. Éste no se explicaba por la concentración de la industria metalmecánica en esa ciudad, por la formación de cuadros sindicales clasistas, por

²⁸ *Ibid*, p. 72.

²⁹ *Ibid*, p. 79.

³⁰ *Ibid*, p. 84.

la construcción de un sistema de delegados de base, ni por la distribución geográfica que permitía una confluencia con el movimiento estudiantil. Su razón fundamental residía en que la clase obrera estaba compuesta por obreros nativos, inmunes a las costumbres extranjeras del puerto; por lo tanto, los obreros cordobeses, como los tucumanos o santiagueños, estaban mejor capacitados para plantearse una resistencia al capital y al gobierno militar.³¹

La producción de los acontecimientos de 1969-1976 estuvo lejos de ordenarse a través de las propuestas de Hernández Arregui. Sus conservadoras perspectivas sexuales, en verdad retrógradas en el contexto de la aparición de movimientos que militaban por la liberación sexual, no fueron más efectivas que sus horizontes políticos. Perón no fue un líder que vino a proclamar el socialismo. Por el contrario, apañó a la Triple A en las entrañas del mismo gobierno. La clase obrera no se mostró revolucionaria. Existieron, es cierto, una multitud de prácticas de lucha sindical y formas de autoorganización independiente de los aparatos sindicales (que se revelaron más ambiguos que lo sugerido por su interpretación), pero no gozaron del apoyo masivo de la clase obrera. E Tras la muerte de Perón, en julio de 1974, el gobierno de Isabel Perón desplegó una campaña reaccionaria en lo sexual que era la contraparte de una ofensiva contra el movimiento obrero y, sobre todo, la clase obrera. La revista que dirigió en 1973, *Peronismo y socialismo*, pasó a denominarse *Peronismo y liberación*, resignando el proyecto de un socialismo nacional. En definitiva, un año después del fallecimiento de Hernández Arregui, la Argentina estaba gobernada por un agonizante peronismo que había decepcionado sus esperanzas socialistas y había confirmado sus represivos rasgos "sexológicos".

5. Conclusiones

Es hora de establecer una explicación del sentido de la "sexología" en Hernández Arregui. La presencia en su escritura de una serie de temas vinculados a las tramitaciones sociales de la diferencia sexual no lo destaca de su época. La crítica sexual del otro había sido utilizada por el peronismo y el antiperonismo. Desde cada uno de los sectores se procedía a una

³¹ Ibid, p. 98.

denuncia pública del contrario. Ezequiel Martínez Estrada mentaba a los "escritorzuelos" peronistas como "maricones de la literatura" y Arturo Jauretche le respondía llamándolo "un manflorón, una especie de marica intelectual".³² La desconfianza hacia la clase media también era simbolizada con rasgos de género, como en la "Señora Pequeña Burguesía" que denunciaba Rodolfo Puiggrós.³³ Aún más amplia era la presencia de la representación de la "penetración" extranjera y la "entrega" al imperialismo, y de la defensa de la integridad sexual por la clase obrera nativa. Algunos temas de la reseña realizada más arriba, por otra parte, preexistían al ciclo peronista abierto en 1945 y cerrado en 1976. La asociación entre inmigración, urbe y degeneración sexual, como indicó Jorge Salessi, estaba presente en los lenguajes sociales desde fines del siglo XIX y tampoco era exclusiva del panorama argentino o porteño.³⁴ El anarquismo, el socialismo y el comunismo habían descrito a la clase obrera como la resistencia viril, no sólo al capital, sino en algunos casos, como el comunista, también al imperialismo. En todos ellos, salvo en sus militancias femeninas, la mujer aparecía como una fuente de engaños o peligros, y la desviación sexual como un rasgo decadente de los capitalistas.

Lo nuevo del ciclo peronista, que Hernández Arregui refracta bien, es una particular asociación de esos temas con una clase obrera presentada como *nacional e histórica*. En las formaciones ideológicas de las izquierdas no existió una incrustación imaginaria en la historia nacional que recuperase los símbolos del gaucho y las montoneras decimonónicas, en continuidad con el proletariado contemporáneo. El criollismo en el anarquismo era demasiado superficial y no lograba neutralizar su internacionalismo.³⁵ De hecho, en el anarquismo no se encuentra una preocupación honda respecto a la historia. En el socialismo la valoración positiva de las multitudes nativas se mantuvo marginal, y en el comunismo, primó la celebración de los próceres urbanos y progresistas. Para las tres corrientes, con sus

³² Ezequiel Martínez Estrada, *¿Qué es esto? Catilinaria*, Buenos Aires, Gure, 1956, p. 290; Arturo Jauretche, *Filo, contrafilo y punta*, Buenos Aires, Pampa y Cielo, 1964, p. 45.

³³ Rodolfo Puiggrós, *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*, Buenos Aires, Argumentos, 1956.

³⁴ Jorge Salessi, *Médicos maleantes y maricas. Higiene, criminología y homosexualidad en la construcción de la nación argentina*, Rosario, Viterbo, 1995.

³⁵ Sobre el tema Adolfo Prieto, *El criollismo en la literatura argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988; Juan Suriano, *Anarquistas*, Buenos Aires, Manantial, 2000.

matices, la masculinidad obrera era actual y se justificaba por su lucha contra el capital y el imperialismo.

Así como el peronismo se apropió del antiimperialismo, de las banderas de la justicia social, la independencia económica y la soberanía política; así como arrebató las consignas del voto femenino y la protección de la maternidad y la infancia; del mismo modo se apropió de las representaciones preexistentes de la clase obrera como epítome de la buena sexualidad nacional. La oligarquía pasó a ser dudosa en sus gustos sexuales, femeninos o andróginos. Los *contreras* a ser "amorales".

En la densa red de ideologías que constituían el magma cultural del peronismo, la nacionalización de la clase obrera fue inescindible de una imagen transclasista del sujeto nacional. Esa construcción, que se alimentaba de un nacionalismo criollista elaborado en los alrededores de 1910, fue instrumentalizada por el peronismo en el gobierno, y adquirió preeminencia en el largo período de prohibición posterior a 1955. Entonces fue que el gaucho pasó a ser el símbolo viril de lo nacional y popular, y fue inequívocamente identificado con el peronismo en la literatura, el cine y el ensayo. Desde la matriz conceptual de la izquierda nacional, el criollismo configuró el espacio del interior del país, libre de las seducciones mórbidas de la ciudad capital y oligárquica. Constituyó el resguardo topológico de una clase obrera intrínsecamente revolucionaria y incorruptible.

Hernández Arregui muestra el funcionamiento polémico de estas operaciones de hegemonía cultural a través del tema sexual, amalgamado con los reclamos de liberación nacional y socialismo. La originalidad de la "izquierda nacional" a la que pertenecía consistió en proponer el cierre del sistema organizado en torno a la nación y la revolución en las virtudes revolucionarias de la clase obrera.

Los años setenta fueron tiempos de declinación en Hernández Arregui. El lenguaje sexológico en que él había atizado su deseo político persistió en la izquierda peronista. Para vertebrar los denuestos en su combate por la revolución y el socialismo "nacionales", la "tendencia revolucionaria" acudía a un mismo archivo nocional común. Así por ejemplo, en la revista *Militancia*, orientada por Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde, los temas se reiteraban. En el discurso de la revista, la burocracia sindical operaba con un

“maccartismo castrador”.³⁶ La empresa petrolera Esso conservaba la facultad de lograr la sumisión al imperialismo, es decir, “la historia de compra de hombres, entrega y venta de honor”.³⁷ En ocasión de la asunción por Rodolfo Puiggrós del rectorado de la Universidad de Buenos Aires, representaban el evento con esta alusión: “Alguien dijo una vez que tocar los intereses de la oligarquía en la Universidad era tan escandaloso como tocarle el trasero a una dama pontificia”.³⁸ Mariano Grondona era caracterizado por su “rostro compungido y [su] esfínter contraído”.³⁹ Eran más detallados en la representación de las destrezas de Bernardo Neustadt, de quien describían su trayectoria: “Del ideólogo de Teissaire [sic] al custodio de los bienes femeninos de Armando, llegando a sus incontrolados orgasmos con la burocracia sindical o sus editoriales lanussistas antiperonistas, frégoli Neustadt se saca el saco o se pone el levitón con la naturalidad propia de los lacayos de la semi-colonia. [...] Es un hábil periodista. Conoce el oficio más viejo del mundo y lo practica con coherencia permanente”.⁴⁰ También para los discípulos de Hernández Arregui, la clase obrera hacía de garante del orden político de lo sexual, que era la contracara del orden sexual de lo político. Hernández Arregui nunca se atrevió a manifestar las críticas hacia Perón, el caudillo que en su opinión simbolizaba a las clases populares. Su carácter representativo de las demandas obreras transfería al proletariado la garantía de que el proceso de liberación nacional contenía a la revolución socialista. Todos sufrirían, muy pronto, el más cruel de los desengaños. También Hernández Arregui, quien cayó fulminado por un ataque cardíaco masivo en Mar del Plata, mientras intentaba salvar su vida amenazada por la Triple A.

³⁶ “Derrota, derrota, victoria”, editorial, en *Militancia*, N° 3, 27 de junio de 1973; en el mismo sentido,

“Apoyo a los leales, amasijo a los traidores”, en *Militancia*, N° 5, 12 de julio de 1973.

³⁷ *Militancia*, N° 6, 19 de julio de 1973.

³⁸ “Puiggrós y el avance del pueblo”, en *Militancia*, N° 5, 12 de julio de 1973.

³⁹ “Cárcel del pueblo. Hoy: Mariano Grondona”, en *Militancia*, N° 4, 5 de julio de 1973.

⁴⁰ “Antología del disparate. Bernardo Neustadt y su revista 'Extra'”, en *Militancia*, N° 5, 12 de julio de 1973.